

XV.

POR QUÉ LA SEÑORITA ALIZA DE CHARMOY
SE HIZO ROBAR.

Hacia cinco años que Aliza estaba casada; cinco años de curiosidad y de decepciones.

La señora de Entraygues procuraba distraerse en las fiestas del gran mundo. Se divertía con su belleza, con su abanico, con sus diamantes, con sus trages y con los hombres que la miraban con la boca abierta; pero no imaginaba que algún día ella caería en la boca del lobo.

Cinco años de virtud! era la única estación que podía hacer en su deber. Acababa de sonar la hora de la primera crisis.

Hé aquí porque había escrito al duque de Parisis; hé aquí porque fué á la fiesta de los patinadores.

Sucede con frecuencia que un hombre se imagina tener una mujer porque está casado; pero allí donde está la esposa, la mujer está con frecuencia ausente. Su espíritu y su corazón vuelan á otra parte. No hay separación de cuerpos; mas, lo que es peor, hay separación de almas.

Ya sabéis que en Inglaterra una jóven miss que no hubiera sido mas ó menos robada por su esposo antes de la bendición nupcial, se consideraría como la mas desgraciada de las doncellas de la romántica Albion.

Pues bien, las inglesas de Paris han introducido en Francia, las mas bellas tradiciones de Ultramancha.

La señorita Aliza de Charmoy, era hija única y contaba á penas diez y nueve años. Había nacido en París, de un padre francés y de una madre inglesa. Había pasado sus mejores años en Brighton. Su madre, una viuda de Keepsake, había, de regreso á Paris, obtenido carta de naturaleza en el barrio de San German. Hasta el otoño de 1862, Aliza supo del mundo lo que se aprende en el convento, lo cual es ya mucho. Pero ella guardaba en sus venas sangre de las heroínas de Shakspeare y de Byron y su espíritu había errado con frecuencia á los rayos de la luna, bajo los sombríos parques ingleses.

Así, pues, el día en que por primera vez se vistió el blanco traje de baile, recitó algunos versos de *El Sueño de una Noche de verano*, y juró, ante su espejo, que no se casaría sino despues de haberse hecho robar á semejanza de una heroína.

Seis semanas despues de haber ido al primer baile, Aliza se veía amada por Fernando de Entraygues, auditor en el Consejo de Estado.

La señorita de Charmoy no consideraba este amor

de un modo desdenoso; pero temblaba á la simple idea de que quizá su amante no la robaria.

Cierto dia, ó mejor dicho, cierta noche en la que se daba un baile en casa Milady Syons, Fernando aprovechó la soledad que reinaba en un saloncito para declarar á Aliza que estaba locamente enamorado.

—Lo sabia antes que vos, caballero, dijo la jóven, pues vos teneis deudas y yo tengo un millón de dote. Pero me amais lo bastante para robarme?

Fernando era un hombre prosaico.

—Robaros, Aliza! para qué? Mi madre ha hablado ya á la vuestra. Yo espero que tanta dicha...

—Pues bien, nó; yo no creeré sino en el amor del que consentirá en robarme, interrumpió la señorita de Charmoy: este es un juramento que hice. Ved si quereis respetarlo.

—Sois una niña; bien se vé que careceis de experiencia.

—Si vos no sois mas que un hombre vulgar, casaos con una normanda. En cuanto á mí, yo seré de aquel que me robe.

—Es necesario fletar un navío ó alquilar un coche?

Cualquier medio es bueno.

Se convino en que al dia siguiente, á las doce de la noche, el héroe de novela se encontraria bajo las ventanas de Aliza; la jóven debia bajar por la escalera, toda vez que el bajar por la ventana no es admitido

en una época que se han inventado los mecheros de gas y los municipales.

Fernando de Entraigues lo hizo todo á pedir de boca y alquiló un coche arrastrado por dos caballos de posta con cascabeles.

Ocurrió todo segun estaba ya premeditado: Aliza bajó la escalera palpitando su corazon y no encontró ningun obstáculo; el portero abrió la puerta antes de que ella se lo exigiera. En el coche se lanzó llorosa en brazos de Fernando.

—Estoy asustada con mi dicha, dijo Aliza.

—Todo nos protege, replicó el novio; ved cuan bello es el cielo y que hermosa es la luna!

Y siguieron así al galope de los caballos, al rumor de los cascabeles y de sus frases llenas de pasión y de ternura. Se ignora si los ruiseñores cantaban.

En el primer relevo, en Ville de Avray, Fernando propuso á Aliza que se detuvieran en un pabellon donde estarian como en su casa y donde podria tomar algo aunque no fuese mas que una ala de perdiz. Por romántica que fuese Aliza, tenia ganas de comer algo y de dormir en un lecho mas cómodo que la silla de posta.

Los caballos estaban parados cerca la reja de un parque.

—Están como en las leyendas, dijo la doncella: hay luz en el castillo.

—Es la lumbre de la cocina. Envié un telégrama para que la cena estuviese dispuesta.

Aliza cruzó el parque.

—Que soledad tan admirable! me siento embalsamada por el perfume de las lilas.

Subió el vestíbulo y se encontró sin ir mas léjos en un comedor donde habia dos cubiertos.

La cena iba á servirse.

—Esto es un cuento de hadas.

—No sois vos la mágica?

La cena continuó en esta forma. La señorita de Charmoy estaba loca de contento.

—Que noche tan preciosa, decia ella abriendo una ventana. Ved, Fernando, como la luna baña con sus luces y claridades los árboles del parque. Quereis ir allí bajo los naranjos?

—Iré con voz al fin del mundo! respondió Fernando, abriendo la puerta.

En el vestíbulo encontraron una señora.

—Llego demasiado tarde para cenar, dijo esta entrando.

Aliza soltó un grito y ocultó la cabeza entre sus manos.

—Hija mía, yo te perdono!

Aliza se echó en brazos de su madre.

—Como estabais aquí? le dijo la doncella.

Y volviéndose hácia Fernando de Entraigues que se reia á hurtadillas, añadió:—Esto es una traicion, caballero: vos lo habiais dicho todo á mi madre.

—Pero en fin, mi hermosa Aliza, no habeis sido robada?

—Muy poco y muy mal. No os lo perdonaré jamás. Ya tendré ocasion de vengarme.

Aliza comprendió que debia casarse, pero al dar su mano se reservó su corazon.

Por mas que hizo el Sr. de Entraigues no fué amado de Aliza. El habia cerrado su novela y otro debía abrirla.

Octavio de Parisis no era hombre para avisar á una madre ni á un marido. Decia (pues él tenia sus máximas como la Rochefoucault) que una mujer que quiere darse pertenece por derecho de conquista á aquel que la toma.

Hé de decir en obsequio á la virtud de la señora de Entraigues que ella estaba casada desde hacia cinco años y que habia necesitado nadá menos que de la grande elocuencia de D. Juan, para meterse en el camino de las locuras románticas.

Debo añadir, tambien, que su marido se portaba mal con ella pues tenia una querida y jugaba.

Creia demasiado en si mismo y en su mujer para no perderla.